

# A C T I T U D E S

## P O E M A S

POR Enrique ENGUIS

Como el vapor rasgado  
por dos trenes al cruce,  
reposadas y tibias  
en hilos que se pierden,  
humeaban las cenizas.

Del abrazo del fuego,  
de su dorada aura  
que de los troncos secos  
las llamas arrebatan,  
sólo unos huesos quedan.

De la cuna leyenda  
del mítico Ave Fénix,  
del amor que, en la noche,  
sorprendió la mañana...  
Ahora duermen dos almas.

Ecós del viento llevo en mi equipaje,  
sueños y nieblas dulces del oriente;  
... musas y sombras pálidas e inquietas  
por estrenar la luz fin de viaje.

Como a la playa, el mar, mi mente  
lleva algunos latidos y suspiros.

Náufragos y vehementes escondidos  
que consigue arrancar del oleaje.

Después de rescatados y vestidos  
de mi pulso —metafórico traje—  
dejan de ser unos desconocidos  
para pasar a ser supervivientes.

Un transparente surco se trenzaba  
desde una boca gris de piedra  
hasta las aguas quietas del estanque.  
Un racimo de gotas temblorosas  
que se bordaba ingrávido en el sol.

En el curvo camino de su suerte  
los destellos brotaban vergonzosos,  
y un chapoteo insistente, por sonata,  
era la voz profunda y armoniosa  
como telón discreto del amor.

El sueño es el velero  
que navega complacido  
en las aguas tranquilas de la noche,  
y al paso por la mente  
desborda el cauce  
de la imaginación y el entendimiento,  
produciendo un oleaje de fantasía  
donde se ahoga toda realidad.

Las cortinas echadas en la estancia  
con pudor translucían la ventana,  
guardando en amorosas ondas  
la penumbra y la luz de la distancia.

Por uno de sus pliegues se filtraba  
un triángulo de luz  
que, entre sombras, a pasos temblorosos  
al avanzar hacia el recinto daba.

Era un rayo de sol tenue y velado  
que, confuso y atónito, dudaba  
al adentrarse solo por la sala.  
Difuso y tibio, sin fuerza cegadora,  
a la cuna del niño acariciaba,  
delatando en su cauce dilatado  
los átomos de polvo  
que en la tiniebla nadan.

Sobre un feudo de acordes y de tonos  
mis poros hierven, como la lava de un volcán,  
derritiéndose en mí los ácidos arrecifes  
dominantes de antaño;  
emergiendo las ondas cristalinas  
de un frenesí coral de ascuas.

Suspendidas y quietas  
en el cristal entre el polvo,  
vi las gotas.  
Forma de medialuna  
y con el alma presa,  
esparcidas y yertas.

Me parecen mosaicos  
de lágrimas austeras,  
tejidos, silenciosos,  
mientras la lluvia suena.

Fueron las escampadas gotas  
víctimas de su propio beso.  
Olvidadas del tiempo,  
en su balcón exilio,  
que murieron al sol  
en áfono delirio.

...De otra lluvia lavadas,  
las gotas venideras,  
nueva presa del polvo  
las rezagadas quedan.